

El silencio de los oprimidos: la narración de la sumisión y represión en Levantado del suelo de Saramago y Los santos inocentes de Delibes

GUADALUPE NIETO CABALLERO

Abstract. *The Silence of the Oppressed: the Narration of Subjugation and Repression in Saramago's Levantado del suelo and Delibes's Los santos inocentes.* This article analyses and compares the narration of subjugation, repression and physical abuse in José Saramago's *Levantado del suelo* (1980) and Miguel Delibes's *Los santos inocentes* (1981). The purpose of the study is to analyse the similarities between two fables dealing with the same problem: the hard-working conditions in latifundiums in the Portuguese region of Alentejo and the Spanish Extremadura, the workers' impossibility of changing their lives and the subjugation and repression they would face in terms of political, military and ecclesiastical power. Specifically, the study focuses on the relations between privileged people and farmers and how the former deprive the latter of their rights in order to maintain their status through the narration. The article begins with an overview of both the content and the characters of the two novels. Then, we select and analyse some climactic episodes in which the abuses against farmers take place, paying special attention to how the two narrators define their positions on the workers' side. Finally, we examine how the accumulation of the power suppresses the eruption of any riot in both novels.

Keywords: José Saramago; Miguel Delibes; subjugation; violence

Introducción

Al evocar el lema de Rousseau, según el cual el hombre es bueno por naturaleza y es luego la sociedad el que lo corrompe¹, José Saramago y Miguel Delibes han construido sendas fábulas en las que demuestran hasta dónde puede llegar el hombre si está rodeado y condicionado por elementos negativos. Nos referimos a *Levantado del suelo* (*Levantado do Chão*, en portugués) (1980) y *Los santos inocentes* (1981), respectivamente, cuyo eje temático central coincide de manera amplia. En las dos novelas subyace el tema del desigual reparto de la

¹ La idea aparece recogida en su *Emilio, o De la educación* (1762).

tierra, concentrada en manos de unas pocas familias y trabajada por jornaleros y criados que son frecuentemente humillados y desprovistos de sus derechos.

En este trabajo abordamos cómo se narra la sumisión y la represión contra los campesinos en los dos relatos y quiénes participan de este sistema inamovible que se presenta al lector. Nos centramos asimismo en el análisis de la indiscutible unión de las estructuras políticas, militares y religiosas para mantener un orden que les beneficia, y cómo la degradación de estas conduce a escenas de represión y extrema violencia en ambas novelas cuyos desenlaces se presentan como ejemplo de justicia y liberación de los oprimidos.

Dos novelas, dos momentos y un problema

Tras su dimisión en 1963 como director de *El Norte de Castilla* por discrepancias con el Ministerio de Información y Turismo, encabezado entonces por Manuel Fraga, Miguel Delibes publica en *Mundo Hispánico* un relato titulado “La milana (Cuento)”², protagonizado por un deficiente mental sexagenario que mantenía una entrañable relación con un búho al que llamaba Milana. Como apunta Domingo Ródenas (2001: 20), “Se trataba a todas luces del embrión de *Los santos inocentes*, desarrollado a partir de una célula primordial: el personaje de Azarías, que era el trasunto de un hombre al que Delibes conoció realmente, según declararía años después”. El autor

conció el proyecto de *Los santos inocentes* como una tentativa, malograda durante casi veinte años, de conciliar la denuncia de la pobreza e incultura que, por negligencia interesada de los poderosos, degradaban la vida rural en los latifundios fronterizos con Portugal, con una escritura de aliento poético, oscilante entre el idilio (el canto a una naturaleza hermoçada) y la elegía (el lamento por el bien y la belleza en retroceso). (Ródenas 2001: 21)

La novela completa vio la luz en 1981, solo un año después de la publicación de *Levantado del suelo* de José Saramago en la Editorial Caminho. El Premio Nobel aseguraba que la escritura del relato le servía para devolver a aquellos campesinos

² Se puede acceder al cuento en el siguiente enlace del Archivo Miguel Delibes: <http://fondomigueldelibes.fundacionmigueldelibes.es/index.php/la-milana-2;term/browse-Term> (acceso: 10 de julio de 2016).

lo que ellos me dieron a mí, como si yo me hubiese convertido en uno de ellos, en parte de ese mundo de mujeres, hombres, ancianos, ancianas con quienes había estado, escuchándolos, viendo sus experiencias, sus vidas. Me convertí en uno de ellos para contarles lo que ellos me habían contado a mí. (Arias 1998: 95)

En *Levantado del suelo* se narra la vida de varias generaciones de una estirpe de campesinos pobres, los Maltiempo, desde comienzos del siglo XX hasta la Revolución de Abril de 1974, que malviven en el “mar interior del latifundio” (pág. 501) y que no llegarán a conocer nunca la prosperidad. En *Los santos inocentes*, en cambio, el arco temporal que engloba el relato es más reducido. Por referencias al II Concilio Vaticano y a la celebración de los “veinticinco años de paz”, en 1964, conviene situar los hechos narrados entre 1962 y esa fecha, aunque se entiende que los problemas que arrastra el campesinado de los latifundios vienen de lejos, como en *Levantado del suelo*. La novela retrata la vida cotidiana en un cortijo extremeño donde coinciden familias de estratos sociales muy diferentes. En el lado humilde, encontramos a Paco, el Bajo, su mujer Régula, sus hijos Nieves, Quirce, Rogelio y Charito (la Niña Chica), y Azarías, hermano de Nieves. En el extremo contrario se sitúan el señorito Iván, la Marquesa y don Pedro, el capataz. Los latifundistas disfrutaban del cortijo y tienen también a su disposición a los criados, a los que tratan como meros objetos o animales.

En las novelas que analizamos se aborda la sumisión y el estancamiento social al que se ven abocados los campesinos en los latifundios que se reparten a un lado y otro de la frontera que separa España y Portugal. En ambos relatos se vislumbra la diferencia de clases y el desigual reparto de la tierra: en *Levantado del suelo* la lucha de clases se entremezcla con la lucha por la libertad en el contexto del Estado Novo salazarista, mientras que en *Los santos inocentes* se presenta un conflicto entre desiguales, “un conflicto asordinado en la sumisión e inocencia de los desheredados, un conflicto entre éstos, siervos, y los amos, los señores” (Ródenas 2001: 17). La diferencia en la estratificación social deja entrever también dos modos de entender el mundo y el campo. Los campesinos forman parte de la naturaleza como las grajillas o el trigo, son los que llegan a sus entrañas y extraen el fruto de una tierra que no es suya mediante su esforzado trabajo diario. Los latifundistas y capataces, en cambio, presentan una postura de dominio y posesión y normalmente agresivo con el medio. Son conscientes de la distancia estamental “y no conocen el respeto a la dignidad del inferior” (Ródenas 2001: 18).

La consecuencia de esta forma de gradación social será la desigualdad extrema, a la que se le confiere protagonismo en ambos relatos. En este sentido, en *Los santos inocentes* se ponen en boca del señorito Iván, hijo de la Marquesa

y heredero del latifundio, estas palabras: “el que más y el que menos todos tenemos que acatar una jerarquía, unos debajo y otros arriba, es ley de vida, ¿no?” (pág. 145). En la misma línea, el narrador de *Levantado del suelo* afirma que “las relaciones entre patrón y subordinado es negocio de mucha sutileza” cuyo intrínquilis reside en “Mezclar fuerza bruta, ignorancia, presunción e hipocresía, gusto de sufrir, envidia mucha, habilidad y arte de la intriga” (pág. 98). Ambos narradores pretenden así conmover y provocar al lector sobre el origen de la desigualdad y su justificación ideológica.

Sumisión, represión y violencia

La Raya en la que son condenados a vivir los protagonistas de ambas fábulas marca un carácter muy distinto entre una y otra obra. Así, mientras que Saramago propone una liberación política, Delibes confirma que no hay redención posible para el ser humano. Como ya se ha comentado, el problema de la tierra, concentrada en manos de una reducida élite, será punto de partida en los dos relatos. Los señores son los dueños de todo; no solo les pertenece lo material, sino también los hombres, las mujeres, sus destinos y voluntades. Los jornaleros y criados no tienen propiedades, ni las tierras que trabajan ni la casa que habitan, tan solo la fuerza de su trabajo y el servilismo hacia sus amos. Asimismo, los señores usan a los braceros para satisfacer su dicha, sin muestras de conciencia social. Esta realidad queda constatada en diversos momentos de las dos novelas, como cuando el Médico le dice a Iván, en *Los santos inocentes*: “tú eres el amo de la burra” (pág. 132), en referencia a Paco, el Bajo, que se ha fracturado el peroné y el señorito quiere tenerlo a su disposición para la siguiente cacería. Sus caprichos valen más que la salud de su acompañante, llegando incluso a animarle con frases repletas de egoísmo, velado bajo un tono de falso altruismo: “mira, Paco, los médicos pueden decir misa, pero lo que tú tienes que hacer, es no dejarte, esforzarte, andar [...]; en estos casos, con bastones o sin bastones, hay que moverse, salir al campo, aunque duela, si te dejas ya estás sentenciado, te lo digo yo” (pág. 134). Y más adelante continúa diciéndole:

más lo siento yo, más lo siento yo, mentira podrida, el hombre es voluntad, Paco, coño, que no quieres entenderlo y, donde no hay voluntad, no hay hombre, Paco, desengáñate, que has de esforzarte aunque te duela, si no no harás nunca vida de ti, te quedarás inútil para los restos, ¿oyes? (Págs. 136–137.)

Al señorito no le parece posible que algo le impida utilizar al personal del cortijo. De hecho, socorre a Paco llevándolo al médico una vez acabada la jornada de caza, no inmediatamente después del accidente. Su actitud es una clara provocación, aunque él no la considere tal, ya que el agravio existe solo entre personas del mismo nivel social. Los humildes solo deben callar y obedecer, no tienen derecho a quejarse.

En *Levantado del suelo* se aprecia una continua lucha para acabar con el sistema de repartición de la tierra y con el sistema político. La represión y violencia por parte de los privilegiados es más explícita en esta novela. En cambio, la sumisión de los de abajo, de los humillados, con respecto a los de arriba, es similar en ambos relatos. La diferencia más notable estriba en que en la fábula portuguesa, pese a que los Maltiempos sean el eje principal, aparecen más familias y personajes sometidos a las mismas condiciones que los Maltiempos: Manuel Espada, Germano Santos Vidigal, la cuadrilla de José Gato, etc. Al final, pese a todas las circunstancias, en *Levantado del suelo* se logra derrocar al régimen que subyuga y un reparto más equitativo de la tierra gracias a la Reforma Agraria que trajo la Revolución; en *Los santos inocentes*, en cambio, se acaba con Iván, miembro del *statu quo* del poder, pero no con el sistema impuesto.

Levantado del suelo y *Los santos inocentes* son novelas donde se pone de manifiesto la persistencia de condiciones opresivas y explotadoras. Ahondan en el drama de los esclavos de la tierra, en las injusticias del latifundio. Miguel Delibes compele tanto a los explotadores como a los que hacen de la subordinación y el conformismo una forma de vida. En esta línea, Andrés Sorel (2007: 41) destaca que en *Levantado del suelo* se denuncian

las estructuras políticas y el poder represor militar y las nefastas prácticas de la institución eclesial establecidas desde tiempos feudales, inquisitoriales, para mantener al pueblo sometido, hambriento, encadenado a la ignorancia y a la explotación más inicua y miserable que pueda concebirse.

Esta reflexión resume las claves de la novela, que pueden hacerse extensivas a *Los santos inocentes*, como se puede comprobar en los apartados que siguen, en los que se analizan distintos momentos en los que la sumisión, represión y violencia son el eje de la trama.

La Iglesia, el poder político y militar y el mantenimiento del orden establecido

Enlazando con las palabras de Andrés Sorel, el poder eclesial, el político y el militar confabulan para reprimir cualquier subversión y mantener la estructura del sistema. En el capítulo décimo de la novela de Saramago, el narrador confirma que Lamberto, el dueño del latifundio, no es hombre para trabajar las tierras con sus manos. Por ello, cuando se hizo con el latifundio³, “vinieron agarrados, como el terrón a las raíces, un montón de animales de pierna y brazo que, eso sí, son criados adrede para tal destino, por vía de producción de hijos y su conservación útil” (pág. 97). El narrador se refiere de esta forma a los jornaleros y a sus hijos, nacidos sin otra opción que la de mantenerse unidos a la tierra. Así, para que Lamberto consiga orden en el latifundio, necesita de una figura inmediata: el capataz, una figura que no deja de ser un criado, sacado de entre los propios oprimidos y que no tendrá reparos en traicionar a sus semejantes para conseguir más poder “y algún mendrugo más”:

El capataz y el látigo que pone orden en la jauría. Es un perro elegido entre los perros para morder a los perros. [...] Un capataz es, en primer lugar, un criado, con privilegios y remuneración acordes con el exceso de trabajo que es capaz de arrancar a la cuadrilla. Pero es un criado. Está colocado entre los primeros y los últimos, es una especie de mula humana, una aberración, un judas, alguien que traiciona a sus semejantes a cambio de más poder y algún mendrugo más. (Págs. 98–99.)

En *Los santos inocentes* aparece también la figura del capataz de la finca, encarnada en Don Pedro, el Périto. Como en *Levantado del suelo*, representa la paradoja de quien se siente oprimido por los señores, con quienes se muestra servicial, y a la par se ve obligado a mostrarse autoritario con el resto de empleados que están un escalón por debajo.

Con respecto a la ignorancia a la que aludía Andrés Sorel, en los dos textos aparece estrechamente ligada al analfabetismo de los jornaleros. El destino de la instrucción de los criados estará siempre en manos de los señoritos, como se demuestra en un episodio recogido en el libro segundo de *Los santos inocentes*. Paco y Régula confían en la educación como liberadora y la llave para que sus hijos puedan abandonar el latifundio: “Paco, el Bajo, aspiraba a que los muchachos se ilustrasen, que el Hachemita aseguraba en Cordovilla, que los

³ El narrador, tirando de ironía, duda de las formas en que hubo de obtenerlo: “Cuando lo heredó, compró a los frailes o robó aprovechando que la justicia es ciega [...]” (pág. 97).

muchachos podían salir de pobres con una pizca de conocimientos” (pág. 38). Incluso la Señora Marquesa toma consciencia del analfabetismo de sus braceros y mandó hacer venir a dos maestros para que les enseñasen a leer:

la Señora Marquesa, con objeto de erradicar el analfabetismo del cortijo, hizo venir durante tres veranos consecutivos a dos señoritos de la ciudad para que al terminar las faenas cotidianas, les juntasen a todos en el porche de la corralada, a losa los pastores, a los porqueros, a los apaleadores, a los muleros, a los gañanes y a los guardas, y allí, a la cruda luz del aladino, con los moscones y las polillas bordoneando alrededor, les enseñasen las letras y sus mil misteriosas combinaciones (pág. 38).

Véase, por otra parte, el episodio en el que Nieves expresa su deseo de hacer la Primera Comunión, hecho que se convierte en motivo de chanza y humillaciones por parte de los opresores, en especial don Pedro y su esposa, doña Purita. El capataz rechaza las pretensiones de Nieves aludiendo a la falta de formación de esta (“por favor, Miriam, esta chiquita no sabe nada de nada y en cuanto a su padre, no tiene más alcances que un guarro, ¿qué clase de Comunión puede hacer?”, pág. 60). Doña Purita, por su parte, pervierte el deseo de la muchacha al cuestionar si lo que necesitaría no sería más bien un hombre: “¿no será un zagal lo que tú estás necesitando?” (pág. 54). Es entonces cuando Miriam, conmovida, cuestiona a los presentes que si no habría nadie capaz de prepararla.

En *Levantado del suelo*, por su parte, la ignorancia es usada como un arma “grande y decisiva” de los poderosos hacia los jornaleros:

El arma grande y decisiva es la ignorancia. Es conveniente, decía Sigisberto en su cena de cumpleaños, que nada sepan, ni leer, ni escribir, ni contar, ni pensar, que consideren y acepten que el mundo no puede ser cambiado, que este mundo es el único posible, tal como está, que sólo tras la muerte hay paraíso, quien lo puede explicar mejor es el padre Agamedes, y que sólo el trabajo da dignidad y dinero, pero no tienen por qué pensar que yo gano más que ellos, la tierra es mía, [...] y si no les diera yo trabajo, quién se lo iba a dar, estamos juntos yo y ellos, yo soy la tierra, ellos son el trabajo, y lo que es bueno para mí, es bueno para ellos, Dios quiso que las cosas fueran así, quien lo puede explicar mejor es el padre Agamedes, con palabras sencillas que no añadan más confusión a la confusión que ya tienen en la cabeza, y si no basta el cura, se ordena a la guardia nacional que se dé una vuelta a caballo por las aldeas, sólo exhibirse, es una advertencia que ellos entienden sin dificultad. (Pág. 99.)

Como se extrae de la lectura del fragmento, el latifundista no acepta el cuestionamiento del sistema porque así les fue dado y así habrá de perdurar – “este mundo es el único posible”. A esta ignorancia, al no preguntarse y no preguntar, habría de contribuir el padre Agamedes, reflejo del poder de la Iglesia en la sumisión de los débiles. La institución se beneficiaba de esta manera del poder del Estado y de los latifundistas. El sacerdote aprovechaba incluso sus homilías para hacer proclamas políticas y atemorizar a aquellos que se desviasen del orden establecido:

Pero el padre Agamedes también clama, Ciertos hombres que andan por ahí sigilosamente sacándoos de vuestro común sentido, y que la gracia de Dios Nuestro Señor y de la Virgen María quiso que en España hayan sido aplastados, vade retro satanás y abrenuncio, he de deciros que huyáis de ellos como de la peste, del hambre y de la guerra, pues son la peor desgracia que sobre nuestra santa tierra podría caer, plaga digo como la de langosta sobre Egipto, y es por eso que debéis prestar atención y obedecer a los que saben más que vosotros de la vida y del mundo (pág. 160).

Continúa allanando el camino a la guardia y al Gobierno interpelando a sus fieles a que acepten y obedezcan sin condiciones “a los que saben más que vosotros de la vida y del mundo” (pág. 160). Así, les pide que miren a la guardia “como a vuestro ángel de la guarda, no le guardéis rencor, que hasta el padre se ve a veces obligado a golpear al hijo a quien tanto quiere y ama” (pág. 160). Les conmina también a que sean sumisos con otras autoridades civiles y militares, así como con el dueño del latifundio, pues “qué sería de vosotros si no hubiese quien os diese trabajo, cómo habríais de alimentar a vuestras familias” (pág. 161). Juega por tanto con el miedo y la inseguridad que da el desconocimiento. Insiste en que no hagan caso “a esos diablos rojos que andan por ahí buscando nuestra desgracia” y que si diesen con alguien que los quisiera descarriar, que se dirijan al puesto de la guardia o al propio sacerdote, que los escuchará en confesión (pág. 161). La relación de la Iglesia con el poder del latifundio y del Estado queda reflejada en la escena en la que Manuel Espada, que se encuentra haciendo el servicio militar, entabla conversación con un compañero, que le detalla quiénes son “las fieras de la tierra” y cómo se unen para ir en contra de los trabajadores:

tiene tres rostros, primero el rostro que el latifundio tiene, luego la guardia para defender la propiedad en general y el latifundio en particular, luego el rostro tercero. Es una sierpe de tres cabezas y una sola voluntad verdadera. [...] En todas las ciudades, en todas las villas, en todas las aldeas y lugares, este caballo

está y pasea con sus ojos de plomo y sus patas que son iguales que las manos y que los pies de los hombres, pero de hombres no son. [...] Cuando deje esto entro en la policía de vigilancia y defensa del estado, y Manuel Espada preguntó, Qué es eso, y respondió el otro, Es la policía política, ni imaginas, uno está ahí, y si hay un tipo que no te gusta, lo detienes, lo llevas al gobierno civil, y si te apetece le pegas un tiro en la cabeza y luego dices que se resistió y arreglado. Es un caballo que derriba las puertas de las casas a coces, come en la mesa del latifundio con el padre Agamedes y juega a las cartas con la guardia republicana mientras el potro Buentempo patea la cabeza del preso. Por ciudades, villas, aldeas y todos los demás lugares los caballos se encuentran, relinchan, se frotan los hocicos entre sí, intercambian secretos y denuncias, inventan violencias persuasivas y persuasiones violentas, y por eso mismo hemos visto todos que no pertenecen a la raza caballar (págs. 158–159).

En efecto, el compañero de Manuel Espada se refiere a la corrupción del sistema, de la cooperación entre las distintas facciones del mismo y la represión ejercida contra los jornaleros.

Hacia 1945 –según el narrador, “La guerra ya ha acabado”– se aprecian tiempos de cambio, como refleja la metáfora con el trigo a la que recurre el narrador: “Este trigo, cualquiera puede verlo, está maduro, los hombres también” (pág. 184). Los campesinos comienzan a rebelarse contra sus capataces y administradores y estos se escudan continuamente en su autoridad. Tratan de persuadirles pero los hombres del pueblo, unidos, toman la decisión de no trabajar si las condiciones no cambian. Los de Monte Lavre marchan en dirección a otros pueblos para dar a conocer el valor de su trabajo a los campesinos de estas aldeas, mientras que sus capataces dan instrucciones a la guardia de Montemor para que vayan contra las cuadrillas de huelguistas. Detuvieron a cinco cabecillas de la insurrección, entre ellos a Juan Maltiempo. El padre Agamedes intercedió para la liberación de estos y los propios latifundistas pagaron el vehículo que habría de llevar a los huelguistas de nuevo a Monte Lavre, recuperando así la mano de obra que había sido *sustraída* por la guardia.

El cuerpo de la guardia será, como vemos, el brazo ejecutor de las órdenes del Gobierno y de los latifundistas. El episodio más desgarrador es en el que se relata la tortura y asesinato de Germano Santos Vidigal por los agentes de la PIDE (Policía Internacional y de Defensa del Estado) en Montemor, villa que se convierte en el paradigma de la represión policial. La novela va dedicada precisamente a Germano Vidigal y a José Adelino dos Santos, “asesinados”.

El narrador presenta la escena desde el punto de vista de las hormigas que entran y salen de la estancia en la que se tortura al prisionero Germano Santos: “Tienen las hormigas un aparato auditivo y una educación musical que no les

permite entender lo que dicen y cantan los hombres, por eso no es fácil que perciban por entero el interrogatorio, pero las diferencias no son muchas” (pág. 230). En consecuencia, el lector resulta condicionado por esta perspectiva, la cual le permite seguir la acción en ese espacio a ras de suelo, es decir, desde el ángulo de las hormigas. El lector observa la escena de forma entrecortada y fragmentada debido precisamente al trasiego de las atareadas hormigas, que entran y salen de la habitación:

Ha caído el hombre otra vez. [...] por qué será siempre el mismo hombre el que cae, será que no se defiende, que no lucha. Son criterios de hormiga y de su civilización, no saben que la lucha de Germano Santos Vidigal no es contra sus agresores, Gargajo y Gargajillo, sino con su propio cuerpo (págs. 231–232).

Y la acción continuará. Seguirá la lucha por la vida de Germano y de los guardias por la muerte, y únicamente por la visión de las hormigas conocemos el final del preso político:

y por todo cuanto queda dicho la hormiga grande, que iba ya en su séptimo viaje y va ahora a pasar, levanta la cabeza y mira la gran nube que tiene ante los ojos, pero luego hace un esfuerzo, ajusta su mecanismo de visión y piensa, Qué pálido está este hombre, no parece el mismo, la cara hinchada, los labios partidos, y los ojos, pobrecillos los ojos, ni se ven entre las mataduras, tan diferentes de cuando llegó, pero lo conozco por el olor, que es el mejor sentido de las hormigas. Está en este pensamiento cuando de pronto escapa el rostro de su alcance porque los otros dos hombres tiran de éste y lo ponen de espaldas (págs. 236–237).

Cuando la hormiga mayor vuelve del hormiguero ve a más personas en la estancia, entre ellas a Gargajo y Gargajillo, los torturadores, el teniente Contento, el sargento Armamento, el cabo Tocabo, dos personas anónimas y tres presos elegidos al azar para testimoniar que,

habiéndose vuelto de espaldas los policías un minuto, [...] cuando volvieron vieron al preso ahorcado de un alambre, tal como ahora está, la punta enrollada en aquel clavo, el otro cabo con dos vueltas en el cuello de Germano Santos Vidigal, sí, se llama Germano Santos Vidigal, es importante para el certificado de defunción, hay que llamar al delegado de salud, y está de rodillas, como ven, sí, de rodillas, no es nada extraño, cuando alguien quiere ahorcarse, hasta en los barrotes de la cama, la cuestión es querer, alguien tiene dudas (págs. 240–241).

La perspectiva de la hormiga permite denunciar los ultrajes a la vida de los oprimidos. Son ellas y no los hombres los que se indignan ante este robo a la vida: “Hay gran indignación entre las hormigas, que habían asistido a todo, ahora unas, ahora otras, pero entretanto se juntan y juntan lo que vieron, tienen la verdad entera, hasta la hormiga mayor, que fue la última en verle el rostro” (pág. 241). Así, teniendo en cuenta que el narrador de Saramago es irónico, se puede apreciar una paulatina deshumanización de los individuos en la novela, asociada a la anulación de la identidad, mientras que las hormigas adquieren lucidez humana para cuestionar la tortura de Vidigal.

Es esta, además, una crítica a la sociedad, a quienes se mostraron indiferentes o convencidos con el régimen y a aquellos que no se rebelaron por miedo y han permitido que se den estos atentados contra la vida. Es la misma crítica que subyace en la obra de Delibes, como apuntábamos anteriormente cuando nos referíamos al desacuerdo del narrador ante la actitud de los conformistas. El narrador de la obra de Saramago, desde la ironía, espera que sean ahora las hormigas quienes den voz a este asesinato, quienes cuenten la verdad, pues, a riesgo de equivocarse, sabe que los hombres no lo harán: “y sobre estos casos pasarán los años y pasará el silencio hasta que las hormigas tomen el don de la palabra y digan la verdad, toda la verdad, y sólo la verdad” (pág. 241).

Por su parte, el crimen cometido por Azarías en *Los santos inocentes* llega empujado “por un sentido de venganza desesperada, como de liberación de un yugo ancestral” (Aragona 1985: 109). En el crimen influyen una serie de condicionantes externos y ajenos a los personajes como el ambiente y la estratificación social de la que venimos hablando a lo largo del artículo. Pese a su deficiencia mental, cargada de manías y repeticiones, Azarías es una persona inocua, con interés en trabajar y mostrarse útil. Se aprecia en él un gran afecto por los animales pero no por los señores, hacia los que muestra incluso desprecio, muy lejos de la actitud sometida y servil de su cuñado, Paco, el Bajo, y del resto de trabajadores del cortijo. No es esta sin embargo razón para justificar la comisión del crimen. En este, como se sabe, confluyen los elementos externos mencionados (el ambiente, la división de clases) y otros sobrevenidos.

La grajilla que desencadenará el trágico final es un regalo de su sobrino Rogelio. Con ella desarrolla un profundo sentimiento paternal y su vida adquiere un nuevo sentido con el objetivo del cuidado del animal. No obstante, a la sensibilidad del humilde y oprimido Azarías, acaso un ejemplo del mundo campesino del que procede, Delibes opone la insensibilidad de Iván, personaje que, como ya hemos comentado, se caracteriza por su egoísmo y falta de humanidad hacia el prójimo y que parece representar también a su mundo. En la construcción del personaje, Delibes parece haber puesto únicamente características negativas, dando lugar a un personaje antipático e intolerante

para el lector. Como apunta Ada Aragona (1985: 113), “Su materialismo le lleva a una vida insignificante e inútil, animada sólo por su exagerada afición a la caza, que será la verdadera causa de su horrible muerte”.

Si retomamos el episodio al que nos hemos referido más arriba, en el que Paco, el Bajo, es obligado por Iván a asistirle durante una cacería a pesar de su lesión, podemos entender que su actitud y falta de sensibilidad no variará para con los pájaros. Como no consigue desarrollar afecto por un ser humano, le resulta ridículo el cariño de Azarías por la Milana. El desenlace fatal comienza cuando Iván acepta ir de caza con Azarías. El día no parece el deseado por el señorito en cuanto a resultados, por lo que comienza a disparar “a diestro y siniestro” (pág. 168). En una de las ocasiones apuntó a una bandada de grajetas entre las que se encontraba la Milana de Azarías, quien, al reconocerla, enseguida la llama para que vaya junto a él. Cuando el criado se da cuenta de las intenciones del señorito, le grita, aterrado, que no dispare:

¡no tire, señorito, es la milana!

pero el señorito Iván notaba en la mejilla derecha la dura caricia de la culata, y notaba, aguijoneándole, la represión de la mañana, y notaba, asimismo, estimulándole, la dificultad del tiro de arriba abajo, en vertical y, aunque oyó claramente la voz implorante del Azarías,

¡señorito, por sus muertos, no tire! (Pág. 169)

Pero ni un atisbo de piedad le impide a Iván matar al animal. Los gritos de alarma de Azarías se convierten en llanto. Mientras, el señorito reía y procura animarle diciéndole: “¡no te preocupes, Azarías, yo te regalaré otra milana!” (Pág. 170)

La personalidad inocente de Azarías se torna ahora en vengativa hacia el señorito. El comportamiento de este es el desencadenante del crimen que Azarías va a ejecutar con sencillez, con pasos rápidos y estudiados. En un gesto certero, “el Azarías le echó al cuello la sogá con el nudo corredizo, a manera de corbata, y tiró del otro extremo, ajustándola” (pág. 174). El señorito Iván parece no darse cuenta de las intenciones del criado hasta que sus pies dejan de tocar el suelo:

¡Dios!... estás loco... tú,

dijo ronca, entrecortadamente, de tal modo que apenas si se le oyó y, en cambio, fue claramente perceptible el áspero estertor que le siguió como un prolongado ronquido y, casi inmediatamente, el señorito Iván sacó la lengua, una lengua larga, gruesa y cárdena, pero el Azarías ni le miraba, tan sólo sostenía la cuerda, cuyo cabo amarró al camal en que se sentaba y se frotó una mano con otra y sus labios esbozaron una bobalicona sonrisa, pero todavía el

señorito Iván, o las piernas del señorito Iván, experimentaron unas convulsiones extrañas, unos espasmos electrizados. (Págs. 174–175.)

El señorito atribuye el acto de Azarías a un momento de locura, sin entender que se trataba de un gesto de justicia y liberación hacia él y hacia su mundo. Iván muere ahorcado como un delincuente, “como el delincuente moral que era” (Martínez 2004). El acto del *inocente* Azarías supone una reparación total: “el sacrificador de la vida ha sido sacrificado a ella” (Martínez 2004). La liberación en la novela de Saramago llegó dos años después de la muerte de Juan Malt tiempo, a quien poco tiempo atrás habían detenido y torturado en Lisboa, acusado de comunista. Como decimos, un tiempo después desde su fallecimiento llegó lo que había deseado y por lo que tanto había luchado junto a otros compañeros que podían contarle o que se habían quedado por el camino, como Germano Santos Vidigal: la caída de la dictadura y la Reforma Agraria, que habría de aportar dignidad y derechos a los jornaleros.

Guadalupe Nieto Caballero

gnieto@unex.es

Departamento de Filología Hispánica y Lingüística General

Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Extremadura

Avda. de la Universidad, s/n

10071 Cáceres

ESPAÑA / SPAIN

Bibliografía

- Aragona, A. 1985. Los crímenes inocentes de Miguel Delibes. – *Boletín de la Asociación Europea de Profesores de Español*, 32–33, 109–115.
- Arias, J. 1998. *José Saramago: el amor posible*. Barcelona: Planeta.
- Delibes, M. 1963. La milana (Cuento). – <http://fondomigueldelibes.fundacionmigueldelibes.es/index.php/la-milana-2;term/browseTerm> (10.07.2016).
- Delibes, M. 2014 [1981]. *Los santos inocentes*. Barcelona: Austral.
- Martínez, G. 2004. Movimientos narrativos, ritmo y significación. – *Los santos inocentes. Espéculo: Revista de Estudios Literarios*, 27, <https://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero27/santosin.html> (15.07.2016).
- Ródenas, D. 2001. *Los santos inocentes*. Barcelona: Crítica.
- Saramago, J. 2004 [1980]. *Levantado del suelo*. Trad. Basilio Losada. Madrid: Santillana.
- Silva, T. C. C. da. 1989. *José Saramago entre a História e a Ficção: Uma Saga de Portugueses*. Lisboa: Publicações Dom Quixote.
- Sorel, A. 2007. *José Saramago: una mirada triste y lúcida*. Madrid: Algaba.